

RIDDICK

Francisco A. Violat Bordonau
fviolat@yahoo.es

Se llamaba Ricardo pero todos le llamaban ya Riddick: era el nombre del Furiano Furioso de las crónicas del mismo nombre. Un nombre que le iba mejor que anillo al dedo, un apodo que ni pintado, ni hecho a medida. Un nombre ganado a pulso sin ningún género de dudas. ¿Quién podía dudarle tras conocerle?

Veinte años y toda una vida a sus espaldas. ¿Nació ya malvado?: un experto diría que no, que el ser humano no nace así, que es la sociedad o las circunstancias las que moldean su carácter y le hacen ser perverso, tenebroso, malvado, malévolo y más cosas negativas o nefastas.

Riddick lo tuvo todo desde pequeño: ya a los cuatro años conseguía lo que le daba la gana de su madre montándole *espectáculos musicales públicos* a base de llanto descontrolado y pataletas descomunales; se salía con la suya y regresaba a casa con un juguete nuevo. A su padre tardó más en controlarle, pero ya a los ocho o nueve años también le manejaba a su antojo: cuando cumplió los doce le levantó la mano por primera vez desde su metro setenta de altura y con quince, casi en el metro ochenta, mandaba lo mismo en su casa que en el equipo de fútbol o en su clase. Con dieciocho cumplidos obligó a su padre a dejarle el coche todas las noches ya que desde los quince salía con una chica, un pobre angelito inocente y sin carácter, que le servía para descargar en ella su ira, su frustración y aliviar sus necesidades sexuales, porque lo que *practicaba* con ella jamás podría clasificarse de “hacer el amor”. Naturalmente el coche le pareció demasiado pequeño para sus aventuras sexuales de manera que obligó al pobre padre a comprarle una más grande: éste se vio en apuros para poder salir adelante pero no dijo nada, él solito se comió los problemas con patatas.

Esta mañana Riddick había estado en la biblioteca pública.

No, su intención no era la de leer ningún libro ni sacar algún ejemplar valioso para hacer un trabajo de investigación, sino la de romper algún libro más como venía haciendo desde hacía meses. Concretamente desde que le llamaron la atención por hablar alto en un pasillo y fumar donde no debía: desde ese momento declaró una *santa cruzada* contra los libros y la mierda cultural que contenían. Todos eran mierda.

Se las ingenió para tomar libros de las estanterías, esconderlos en la ropa, tirarlos por la ventana del servicio, bajar a la calle para robarlos y después, tranquilamente, romperlos en mil pedazos para su goce personal. Disfrutaba de este placer: si al principio sólo era rabia contra los *libros de mierda* ahora se había convertido en una diversión más, excitante donde las hubiese, de las que producen un subidón de adrenalina sólo con pensar en ello. ¡Vaya que se ponía *cardíaco*!

Los primeros días se había sentido poderoso al haber robado un par de libros. Se fue a un descampado a las afueras de la ciudad con el coche, rompió uno con sus propias manos y se sintió muy a gusto. El otro libro lo destrozó con deleite: algunas hojas las arrancó, otras simplemente las desgarró y algunas las intentó quemar con el mechero. Naturalmente sólo consiguió chamuscarlas un poco o quemar los bordes, pero desbarató

otro libro. En la siguiente ocasión descubrió, para su propio fastidio, que los libros no arden bien: el grueso volumen de Astronomía, un mamotreto infumable que no dejaban de sacar en préstamo debido a su valor y antigüedad (“Astronomía”, de José Comas Solá, 1949), no ardía de ninguna manera; lo había tirado contra la pared de una vieja edificación minera, había depositado algo de paja seca debajo, arrimó unos papelillos y tuvo la feliz idea de verlo arder. Los papelillos ardieron, la paja prendió pero *el puto libro de los cojones* no ardió por mucha paja y madera que añadió... definitivamente los libros no servían para hacer lumbre... No servían para nada salvo para destrozarlos y acabar con ellos en una santa cruzada contra la cultura, una santa cruzada muy modesta que él mantenía activa.

Su cruzada había ido cambiando con los días y las semanas. Primero le valía cualquier libro, luego los libros de matemáticas, más tarde los de astronomía (repletos de diagramas y fórmulas que no entendía... *ni puta falta que hacía*) y luego empezó a indagar para averiguar cuáles eran los más caros y valiosos para hacer el máximo daño a la biblioteca y al bibliotecario de mierda. Si hubiese dedicado este tiempo ha estudiar o a hacer algún trabajo de provecho habría obtenido una excelente nota; sin embargo no tenía ni la más remota intención de intentarlo. ¡Vade retro, Ciencia!

Ahora se encontraba sentado a la sombra fresca y húmeda dentro de una casa en ruinas. Era una antigua instalación minera que había cerrado a mediados de los años 60 del siglo XX, cuando los fosfatos marroquíes habían convertido una próspera explotación minera (con una decena de pozos de ricos filones y gruesas vetas de fosforita) en un negocio que se vino abajo de un mes al otro, comenzando con el despido de los obreros menos esenciales, continuando con algunos importantes y finalizando con el cierre del negocio. Adiós a la prosperidad minera, ¡hola ruina!

Sobre una cresta rocosa repleta de piedras puntiagudas de cuarcita se habían erigido media docena de construcciones con torres: pozos de mina; casi todos estaban cegados en su parte superior por el tiempo, la humedad, la ruina de sus vigas de madera o las lluvias. Sin embargo al comienzo de la cresta, justo al final de una vieja carretera de piedras que perdió su vigor y su vida hacía medio siglo, había una construcción que todavía mantenía su techo intacto. Se había convertido, en tiempos, en refugio de cazadores que iban de noche, furtivos, a ver si abatían algunas presas... más tarde drogadictos anónimos habían despilfarrado allí su dinero, su tiempo y su salud buscando felicidad y paraísos artificiales de placeres intolerables en el interior de sucias jeringuillas. Incluso algunas parejas de novios, a escondidas, se habían demostrado su cariño compartiendo placeres prohibidos fuera del matrimonio en el suelo de cemento... por desgracia dos o tres sesiones de picaduras de pulgas fueron suficientes para alejarlos de allí para siempre: se fueron a otro sitio con su amor, su fuego y su pasión.

La construcción que más le gustaba para sus sesiones de soledad era la más grande, la mejor conservada: una pared de cemento viejo, repleto de piedrecitas, cercaba una casa casi derruida que estaba al lado de un torreón. La torre, parecida a la de un castillo por sus almenas de ladrillo, era en realidad el castillete de un pozo de mina. En su parte superior todavía existía un torno de gran potencia, ya derrengado por los años y los elementos, en el cual estaba enrollado todavía parte del largo cable de acero trenzado que, en su día, permitía subir y bajar la jaula. En ella, encerrados estrechamente, los mineros se dirigían a su lugar de trabajo armados con sus lámparas de carburo, los picos y palas, los explosivos y una mísera comida para toda una dura jornada de trabajo. Poco sueldo, peligro y miseria.

La base de la torre contenía la boca: una abertura cuadrada, de ladrillo y

mampostería, por la cual se deslizaba la jaula hasta las entrañas de la tierra. Ahora dicha abertura estaba cerrada con una tapadera de hierro colado fuertemente soldada a la base por un equipo de bomberos para evitar caídas accidentales.

Siguiendo su costumbre Riddick entró en la construcción y se dirigió a su lugar habitual en el centro de la misma; para ese día había pensado una maldad nueva y muy exótica: había robado un libro de anatomía caro y grueso, sin duda muy valioso, con la intención de mancharlo con su semilla y devolverlo completamente estropeado: cuando algún estudiante de medicina lo abriese para estudiar en él (*estudiar*, odiosa palabra) se encontraría con sus páginas mancilladas por su semen. Nada más endemoniadamente diabólico ni perverso, algo que jamás se le habría ocurrido a ninguna de sus amigos ni, probablemente, a nadie en la historia de la maldad. Se situó al borde de la puerta de hierro que cerraba el pozo, se bajó los pantalones vaqueros hasta las botas militares y sin pensárselo, ya que su erección (debida más a la maldad que a la excitación sexual) le pedía a voces comenzar ya el infamante acto, se dejó caer con todo su peso sobre el borde de viejo cemento.

Entonces fue cuando la construcción, desgastada por el paso de los años y la mala sangre de una persona malvada idéntica a él, se desplomó junto con el chico en dirección a las entrañas de la tierra.

Setenta y cinco años antes, un día exactamente igual de soleado y prometedor, un obrero llamado Ricardo pero al que todo apodaban *el Richi*, mal encarado y fullero, amante de las trifulcas, mal perdedor, de mano fácil con las mujeres, ladrón y embustero, se encontraba situado en el mismo lugar porque tenía que comenzar a construir el remate del pozo. No tenía ganas de trabajar en absoluto, el día había sido malo, había perdido la friolera de dos duros jugando a las cartas (malas cartas para él), la puta con la que tenía relaciones comerciales (ella le pagaba y no al revés) había intentado engañarle con el dinero y le habían dejado solo con semejante obra. Estaba hasta las narices así que hizo lo que mejor sabía hacer: engañar a los demás poniendo en ello todo su alma; en vez de construir el remate con el arte y la eficiencia que se le suponía dado su experiencia como albañil cualificado puso la parte inferior de la obra de mala manera, con grandes huecos, llenando el resto con argamasa y cemento de mala calidad para que cuando el capataz primero, y el ingeniero después, revisasen el trabajo pareciese que era de calidad y se merecía su mísero jornal. Terminó de alisar el cemento con la llana, se admiró de su ingenio engañando a todos y dio por finalizada la obra.

Ocho días después uno de sus compañeros, harto de no poder cobrar las deudas de juego que *el Richi* tenía con él, aprovechando un descuido del vigilante de la mina se lo llevó completamente borracho hasta la boca, lo asomó, el hombre pareció recuperar durante unos instante la sobriedad para resistirse levemente pero sin poder vencer la fuerza del otro hombre se precipitó al vacío. Cuarenta y cinco metros más abajo golpeó contra las duras y afiladas rocas del fondo y falleció al momento. Todos pensaron que cayó por borracho. Se lo merecía, sin duda alguna. Se lo merecía.

Setenta y cinco años después el paso del tiempo, la humedad y la mala construcción se unieron en un único momento crucial y definitivo. Cuando Riddick se dejó caer sobre el borde de cemento con sus casi ochenta kilos de peso el material cedió, los ladrillos mal puestos se cuartearon, la mala argamasa se desprendió dejando al descubierto un hueco en el cual la fatiga del material defectuoso ocasionó el derrumbamiento del borde del pozo.

Riddick cayó hacia la abierta boca negra de espaldas sin darse cuenta de qué sucedía: el libro se escapó de sus manos cayendo, curiosamente, dentro de la vieja casa en donde sería encontrado por un pastor semanas más tarde, entregado a la Guardia Civil y ésta al director de la biblioteca sin un solo arañazo. El chaval cayó de espaldas con las piernas abiertas, la cabeza por delante y sin saber exactamente qué ocurría.

A los tres o cuatro metros de caída una vieja viga de madera le desgarró la camisa de su brazo izquierdo, se le clavó profundamente en la masa muscular y le ocasionó la pérdida de la carne a lo largo del brazo hasta el codo. Unos segundos más tarde, en caída libre, una segunda viga (esta vez de hierro) le golpeó con tanta fuerza el hombro derecho que se lo partió sin más, le fracturó la clavícula y le dislocó los huesos de la articulación. Pocos segundos después, lleno de un dolor incomprensiblemente agónico e inhumano, se detuvo bruscamente en un doloroso tirón cuando el extremo de una viga de madera (que no le partió la cabeza por unos centímetros) se enganchó en sus pantalones vaqueros, los cuales se le bajaron bruscamente hasta las botas militares y detuvieron la caída en seco.

Ochenta kilos de masa muscular y huesos fueron detenidos bruscamente en su caída libre; la fuerza del tirón no fue capaz de romper los vaqueros y liberarle del obstáculo pero sí fue tan brutal que le dislocó los dos tobillos a la vez, le fracturó la rodilla izquierda y como en ese instante toda la fuerza restante se agolpó en la pierna derecha le rompió el resistente fémur por su cabeza.

Riddick quedó colgando de la vieja viga de roble cabeza abajo. Su brazo izquierdo sangraba por el profundo desgarrón quedando inútil para hacer fuerza, el hombro derecho también lo tenía inútil e insensible y las piernas no le servían de mucho. Era materialmente imposible que pudiese hacer algún intento, a base de músculos, para cambiar de posición, zafarse por la fuerza de la viga e intentar escalar el pozo por el que había caído.

Durante unos instantes permaneció colgando moviéndose violentamente hacia un lado y otro: no quiso el azar que se desprendiese y terminase ahí su tortura. Se encontraba en un estado mezcla de estupor, duda, incertidumbre, terror y desconcierto: no acababa de saber qué le había sucedido. El dolor le atenazaba todos los miembros: los tobillos, la rodilla izquierda, la cadera derecha, el brazo izquierdo y el hombro derecho. De todas partes le llegaba dolor, un dolor atroz punzante y quemante, difuso y a la vez intensísimo. Incluso la espalda comenzó a dolerle también cuando los discos intervertebrales empezaron a resentirse por el violento tirón.

El dolor la aclaró la mente en unos segundos: se había caído al pozo. No sabía cómo había sucedido ya que era imposible que la tapadera de hierro colado hubiese cedido ni tampoco la gruesa y dura soldadura. No estaba seguro de qué había ocurrido: quizá el agujero estuviese abierto y no se hubiese dado cuenta, quizá se había colado por algún orificio abierto o quizá se hubiese derrumbado el suelo de la habitación. No lo sabía ni le importaba un huevo: sólo sabía que se había caído dentro del pozo. Se había caído y en el alocado descenso al abismal agujero negro se había ido golpeando contra salientes ocultos, vigas, cables o lo que quisiera que había cruzando el agujero.

Finalmente se había enganchado en los vaqueros y éstos, *maldita sea*, se le habían bajado hasta las botas militares: estaba colgando de un lazo de loneta vaquera resistente y cuero más resistente todavía. Como no fuese con un cuchillo de sierra o una sierra de arco no podría soltarse de ninguna manera. Estaba atrapado en la oscuridad.

Gritó de dolor y desesperación. Gritó pidiendo ayuda. Gritó con la fuerza que le permitían sus veinte años de vitalidad manchados y levemente afectados por el abuso del tabaco y el alcohol. No, el sexo no le desgastaba ni le quitaba fuerzas aunque abusaba de él igualmente, pero ahora no importaba eso un pimiento. Nadie respondió a sus gritos. Abajo, por encima de él (que estaba boca abajo), se extendía en toda su profundidad un negro abismo en el que todavía resonaba el eco de las piedras, los cascotes y los hierros que caían... Debajo... ¿Qué distancia habría hasta el fondo? No tenía ni idea pero ya fuesen cuarenta y cinco metros con seis decímetros o noventa millones de kilómetros le daba igual: si caía estaba *bien jodido*. Si caía se abriría la cabeza. Si caía moriría para siempre. Caput.

Sentía dolores en todos los miembros, sentía que le palpitaban todas las extremidades, sentía incluso un leve chorro de un líquido caliente y viscoso que le mojaba la camisa del brazo izquierdo y caía por el hombro hasta el cuello, el mentón y luego cruzaba la cara bajando por los ojos hasta la frente. Era su propia sangre. Se estaba desangrando lentamente.

Colgaba boca abajo como cuelgan los chorizos: cómicamente. Se había detenido del todo y colgaba inmóvil de los pantalones vaqueros. Buena loneta vaquera nueva: era imposible que el *denim* se desgarrase salvo que se cortase, dificultosamente, con unas tijeras o un cuchillo de sierra.

Colgaba cómicamente pese a que se encontraba aterrorizado, lleno de dolores y muerto de terror: la camisa se le había subido a la cara, el pene le colgaba mojado (ya que se había orinado de terror sin darse cuenta) y la sangre le goteaba del pelo, después de haber bajado desde el brazo y el pecho por el cuello hasta la frente. Si algún amigo o conocido le hubiese visto así se habría apiadado de él: incluso cualquiera de las personas a las que causó daño (a varios le pinchó las ruedas del coche, a muchos les rompió los espejos retrovisores, a otros les arañó la pintura del coche, a algunos le rompió los cristales de sus casas e incluso quemó dos coches en una ocasión) le habría ayudado a liberarse, de lo lastimoso y penoso que se veía.

Por desgracia para él nadie podía socorrerlo: la última persona que salió del pozo, cuando lo cerraron, estaba muerta ya por la silicosis. Los técnicos del parque de bomberos que soldaron la pesada compuerta de hierro hacían gimnasia, ignorante de su situación. Los pastores que alguna vez se refugiaron allí se habían jubilado o se encontraban ahora, ociosos, pastando sus animales. Los cazadores que habían descansado allí estarían en sus trabajos: oficinas, dependencias del gobierno, talleres mecánicos, bares... en cualquier sitio menos allí. Los drogadictos que allí quemaron su salud en jeringuillas sucias habrían muerto o estarían a punto de hacerlo. Las parejas de novios que allí gozaron de sus cuerpos estarían ahora Dios sabe haciendo qué: quizá alguna de ellas pasease ahora su bebé no deseado, quizá otra estuviese en clase de informática, posiblemente algún chico pintaba coches en un taller mecánico mientras otro estudiaba en el instituto o alguno más deambulaba por la calle, indolente, cobrando felizmente el paro... Ninguno estaba allí ahora para ayudarle. Estaba bien solo.

Recobró la conciencia. ¿Cuánto tiempo había transcurrido? No lo sabía. Sentía un terrible dolor en la espalda, los tobillos estaban hinchados como botas y la rodilla izquierda la latía con un dolor imposible de aguantar. Del brazo izquierdo ya no le caía sangre, al restañarse la herida sola, pero el hombro derecho era un infierno de dolor y agonía. Sentía un sabor metálico en los labios y tenía parte de la cara tirante, como si le hubiesen untado de azúcar, almíbar o leche condensada. Era su propia sangre seca ya, coagulada, inútil por completo fuera de sus venas...

Gritó nuevamente, gritó hasta que se quedó sin aliento, gritó con la fuerza sobrehumana que da la desesperación extrema en momentos de gran tensión física y emocional. Sus gritos apenas si se oían fuera del agujero y mucho menos a algunos metros de distancia, por donde pasaba el camino. Nadie podía escucharle, nadie podría atenderle. Si milagrosamente, por una gracia divina, pasaba alguien y entraba a ver con una linterna, la enfocaba abajo y se fijaba podría verle colgando de una gruesa viga de viejo roble asturiano. Tenía los pantalones en los tobillos y se le veían *las vergüenzas*, pero era lo mismo: lo importante era que le sacasen. Pero si alguien milagrosamente le encontraba tendría que llamar a los bomberos si por un casual tenía un móvil, éstos tardarían en venir, luego tendrían que comprobar el estado del orificio ruinoso, con toda seguridad tendría que apuntalarlo para darle estabilidad, más tarde tendrían que descolgarse por algún tipo de arnés de seguridad y luego, sólo luego, podrían asegurarle con algún tipo de cuerdas para subirle.

Demasiadas casualidades concatenadas, un largo conjunto de acciones tan bien alineadas entre sí (el *efecto Titanic* de la mala suerte) que en este caso era poco menos que estadísticamente imposible que ocurriesen: Riddick no se merecía tanta piedad divina, y no la tuvo. La misma cantidad de piedad que él tuvo con niños pequeños, chiquillos y chiquillas, adolescentes, jóvenes y adultos con los que se tropezó (es decir, ninguna) tuvo él en sus últimos minutos.

Volvió a recobrar la conciencia. En esta ocasión sentía un terrible dolor de cabeza, los ojos le palpitaban y sentía zumbido de oídos: en realidad sólo escuchaba un ruido constante, como si estuviese al lado de una turbina. Tenía la boca seca y una sed inmensa le atormentaba. La espalda le mataba de dolor, los tobillos eran dos infiernos palpitantes y ya no sabía si los brazos eran de madera y estaban en llamas o los tenía sumergidos en agua muy fría, ya que las sensaciones dolorosas eran imposibles de clasificar. Intentó gritar pero ya no tenía casi fuerzas. Llenó sus pulmones de aire: el olor a humedad, cerrado, cueva, materia en descomposición, gas viciado, orina y sudor le asaltó las fosas nasales. No lo recordaba pero se había orinado encima dos veces: la sangre seca le llenaba la nariz de olor a matadero, la peste a sudor era muy fuerte y ya no sabía dónde se encontraba ni por qué. Se moría a gran velocidad.

La sangre se le había acumulado en la cabeza. El corazón, de modo automático, había intentado seguir manteniendo la presión en el sistema circulatorio pero la sangre se había ido escurriendo, poco a poco, hacia la cabeza. Si se hubiese podido ver en un espejo se habría asustado por el aspecto violáceo o púrpura de su cara hinchada, de sus ojos inyectados en sangre y de la mezcla de sudor y orina que le cubría de manchas heterogéneas la frente, el cuello o el mentón. El pelo, finalmente, lo tenía lleno de mechones pegados por los fluidos corporales que habían chorreado desde ellos. Los

riñones empezaron a fallarle, el nivel de azúcar le había bajado y los pulmones no le proporcionaban suficiente oxígeno, no por el asfalto que manchaba sus bronquios y bronquiolos sino porque estaban empezando a encharcarse.

Regresó a su cuerpo, recobró la conciencia. La cabeza la latía de puro dolor, se estaba ahogando poco a poco en flemas que no tenía fuerzas para escupir y su cuerpo de veinte años, hacía unas horas (¿cuántas, Dios mío?) lleno de fuerza y vitalidad, era una pura ruina cubierta de todo tipo de fluidos inmundos... Se había orinado encima varias veces, se había defecado, había sudado como un pollo en ese pozo húmedo y sin corrientes de aire, se había desangrado bastante y ya no podía reconocer de dónde provenía la agonía que le destrozaba por completo... dolores tremendos que jamás pensó sentir y que, por suerte para él, jamás volvería a disfrutar. Sólo se muere una vez, por fortuna. O no, según se mire... todo depende del color, etc. como suele decirse.

Durante unos largos minutos de lucidez, antes de volver a perder la conciencia por la sangre acumulada en los tejidos del cerebro, pensó en la cantidad de maldad que había hecho durante su vida y en el sufrimiento que había repartido, generosa y espléndidamente, con prodigalidad, sin tener razón ni motivo. Primero sus padres, sus amiguitos del colegio, los niños más mayores, los chicos del instituto, los compañeros del equipo de fútbol, una interminable procesión de chicas a las que había obligado a tener con él sexo y relaciones de todo tipo... Sólo cabía arrepentirse y pedir perdón a Dios, el padre que todo lo perdona. A lo mejor así podía engañarle y *el Viejo Chocho* le sacaba de ésta... No era probable pero ya todo le daba igual.

La última vez que recobró la conciencia era porque se estaba ahogando con su propia lengua, hinchada y repleta de fluido. Los bronquios se le estaban llenando de moco espeso (o se sangre, no lo sabía), la boca reseca le pedía un buen vaso de agua (fresca o caliente o con sal o con azúcar, le daba igual... ¡aunque fuese agua de un charco!) y ya no estaba seguro de si se había muerto y estaba descansando, porque ya no sentía dolores: el cerebro los estaba aislando antes de colapsarse debido a la masiva llegada de señales de dolor. Se sonrió al pensar que presentaría un cómico aspecto boca abajo, con los pantalones en los tobillos y las botas militares puestas (¡jamás pensó que moriría y menos con las botas puestas!) y que ninguno de sus amigotes se habrían encontrado jamás en una situación tan divertida como ésta.

Lástima de *puto libro de anatomía*... si hubiese podido se habría sentado en el borde de piedra, se había estado tocando disfrutando de los desnudos y cuando el clímax le hubiese invadido, reconfortante en su calidez y hubiese pasado, habría embadurnado el libro, el costoso ejemplar, con *su leche*. Así aprenderían los *mamones académicos*, los ratones de biblioteca, lo que era estudiar. Justo tuvo fuerzas para empezar a reírse y cuando la risa se convirtió en una carcajada, que sacudió fuertemente su cuerpo, fue cuando cayó al vacío como un saco repleto de lingotes de pesado plomo.

La viga de roble asturiano, recia y fuerte en sus mejores días, estaba carcomida por el tiempo, la humedad, los gases tóxicos de la mina y algunos insectos que en el pasado habían intentado hincarle el diente. Resistió el primer golpe, el más violento, cuando el chico se enganchó de los pantalones y quedó colgando con todo su peso muerto, pero pese a toda su resistencia no pudo resistir cuando el chico, demente en los últimos minutos de su agonía, se empezó a reír con fuertes carcajadas. La vibración arrancó de la pared, de la debilitada argamasa, la fuerte viga de madera que se vino abajo, que cayó a plomo al vacío arrastrando (colgado boca abajo como un chorizo) al chico.

Riddick, consciente del todo y riendo todavía, sintió cómo se volvía a desplomar al vacío. Cayó hacia la negrura sintiendo en su cara el aire caliente, húmedo y hediondo del pozo a medida que se desplomaba más y más deprisa. No tuvo tiempo de pensar más que en que se caía hacia abajo y nada más.

El fondo, rocoso y lleno de grandes bloques de mineral sobre el que se había desplomado parte de la pared, pareció salir a su encuentro en la negrura absoluta del pozo. La velocidad era alta, pero nada podía frenarle. Nada se interponía entre el fondo, movedizo abismo lleno de negrura y misterio y el cuerpo inerte que parecía correr hacia él en caída libre. Ni una cuerda, ni un cable, ni una madera... el azar había querido que los últimos treinta metros del pozo estuviesen libres de obstáculos.

El cuerpo del joven, con múltiples fracturas debido a los cables, vigas e hierros salientes con los que se golpeó en la caída, impactó con una enorme fuerza destrozándose sobre las rocas con un sonido muy desagradable. Sonó como un saco lleno de melones, jugosos melones maduros repletos de dulce caldo, al reventar a la vez.

Ni un instante de lucidez permitió que Riddick fuese consciente de su muerte. Se estaba preguntando todavía que narices estaba pasando cuando el ritmo de su mente, sus pensamientos, se terminaron bruscamente al cortar la Parca el hilo de su vida. Ni terminó de inhalar el aire de su última inspiración. Nada. Pum y caput.

Exactamente setenta y cinco años después, casi en el mismo sitio, otro Ricardo (Riddick) había impactado sobre el fondo donde setenta y cinco antes el primer Ricardo (*el Richi*) había chocado primero. Ambos hombres, iguales en vida, se habían encontrado en el mismo sitio aquí en la tierra y probablemente en el mismo lugar en el más allá, hubiese lo que hubiese...